

En un libro de atmósfera preciosa -con un prólogo encantador de José Miguel Varas-, bajo el título de "Aprendiz de escritor" (Ediciones Pluma y Pincel, 1994), resucita ahora Luis Enrique Délano, uno de los padres del "imaginismo" en nuestra prosa narrativa, para contarnos historias verídicas y sucesos de apariencia insignificante, que, sin embargo, impregnaron de magia el curso no sólo de su vida sino el de toda la juventud de una época.

En Quillota, donde discurrió su niñez, Luis Enrique Délano tuvo ocasión de ver al Pope Julio, éste sí de verdad, no como el que creyó ver muchos años más tarde, cuando el auténtico Pope Julio ya había desaparecido, el novelista Enrique Lafourcade por los alrededores del barrio Lira. Juan José Julio y Elizalde, el

Pope Julio, "cura renegado que, después de colgar las sotanas, se dedicó a recorrer Chile dando conferencias contra la iglesia y sus representantes", decidió hablar al pueblo de Quillota en la Plaza de Armas, frente a la casa parroquial. El cura, don Rubén Castro, recuerda Délano, echó al vuelo las campanas de la iglesia para impedir que la voz del Pope Julio fuera escuchada. "Pero los que asistíamos nos agrupamos más cerca del orador, que continuaba sus desmedidos ataques al clero. Entonces, con gran asombro, vimos que se abría una de las ventanas del segundo piso de la casa parroquial y aparecía en ella el cura, quien, levantando los brazos, gritó: ¡Viva María santísima! Como esas manifestaciones no frenaran la acción del Pope Julio, un conocido apaga-velas quillotano, de apellido Pinochet, al día siguiente golpeó a bastonazos al ex sacerdote y le rompió la cabeza. Esto despertó la indignación entre la gente más avanzada. Recuerdo las protestas de una profesora, doña María

Balbontín, madre de un amigo mío".

Influido por las prédicas estudiantiles de los años 20, prédicas dominadas en su corriente liberal por el pensamiento anarquista, y sobre todo acicateado en este sentido por un tal Pepe Izquierdo, Luis Enrique Délano leyó con pasión los "carteles" de Juan Gandulfo, cosas de González

Vera, los poemas de Arturo Zúñiga (Quilodrán) y Pablo de Rokha "y la página en que Raúl Silva Castro presentó en Santiago a quien iba a ser el poeta que nos arrastraba: Neruda. Yo creo que de ese tiempo -1925- datan también mis primeras lecturas de Nietzsche, Gorki, Anatole France y Oscar Wilde, a quien Pepe admiraba mucho".

Luis Enrique Délano fue en su juventud, hacia el fin de sus estudios secundarios, un privilegiado

por cuanto conoció nada menos que a ese poeta fácilmente confundible con el primer Neruda, que llevaba un nombre que parecía seudónimo y que murió en la flor de los 21 años: Romeo Murga. ¿De dónde habrá sacado ese seudónimo?, se preguntaban los muchachos del liceo de Quillota al anunciarse la visita del poeta. "Era un hombre salido de la nidada del Pedagógico, donde se habían incubado tantos poetas, Rafael Coronel, Armando Ulloa, Roberto Meza Fuentes, Rubén Azócar, Víctor Barberis y el propio Pablo Neruda, cuyo Crepusculario me llenaba del más ardiente entusiasmo, hasta el extremo que, de tanto leerlo y releerlo, me lo aprendí de memoria".

Sólo un año, el 24, estuvo Romeo Murga en Quillota como profesor del liceo. Cuando Délano lo interrogó acerca del supuesto seudónimo, Murga contestó: -No es la primera vez que me lo preguntan. Me llamo Romeo porque con ese nombre me bautizaron y Murga porque ese era el apellido de mi padre. Mi se-

gundo apellido es Sierralta.

Dice el autor de este amenísimo volumen que Romeo Murga, a los 20 años, era muy alto, flaco y desgarbado. Tenía el pelo negro, bastante crecido, como lo usaban los poetas, y el cutis aceitunado. A menudo daba la impresión de no saber qué hacer con sus largos brazos. En Quillota, Romeo Murga buscó a sus amigos entre los que exhibían sombrero alón, "que era en aquellos días una especie de insignia, distintivo de un grupo humano que involucraba a poetas, pintores, gentes aficionadas a las letras, intelectuales anarquistas y, en general, a personas con inquietudes".

Pocos escritores más diestros que Luis Enrique Délano para separar sin dilación en sus relatos el grano de la paja. Véase, si no, esta magistral "introducción" a Daniel de la Vega: "Todas las tardes llegaba a El Mercurio y me encontraba a Daniel de la Vega, rubio, pálido, fumando uno tras otros sus cigarrillos que sólo se quemaban por dentro. Escribía cuando menos dos o tres artículos diarios, todos muy bien hechos, graciosos, finos, sentimentales, agradables y periodísticamente perfectos. Ese tren lo mantuvo larguísimo años sin que jamás alguien pudiera decir que sus artículos perdían encanto..."

Volveremos a este libro de atracción creciente para explorar singulares aspectos de la experiencia periodística de Luis Enrique Délano.

ENTRE EL POPE JULIO Y ROMEO MURGA